

# ÉLISA

## JACQUES CHAUVIRÉ



Lectulandia

Un clásico contemporáneo, uno de los libros preferidos por los libreros y los críticos franceses el año de su publicación: 2003.

Se narra en estas páginas bellísimas, con un halo melancólico y un sorprendente final, la historia del primer amor vivido por un niño, con una intensidad singular, sobre el fondo gris de la Primera Guerra Mundial. Un padre muerto en el frente, una madre traumatizada por esa ausencia y una abuela severa conforman la familia de Jacques Ivan, «Vanvan», a la que llega Éliisa, la dulce criada adolescente. Ella es el mejor antídoto, el único posible, contra la tristeza.

«El verde paraíso de los amores infantiles», escribió Baudelaire. La inocencia clara y profunda inspiró este texto único y luminoso, en cuyo azogue se encuentran infancia y vejez, el tiempo iniciático y el tiempo de las despedidas.

# Lectulandia

Jacques Chauviré

## Élisa

ePub r1.0

Titivillus 02.01.2019

Título original: *Élisa*  
Jacques Chauviré, 2003  
Traducción: Regina López Muñoz  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



ÉLISA LLEGÓ UNA MAÑANA de principios de otoño. Yo tenía cinco años. Estaba acodado en el antepecho de la ventana de la cocina cuando la vi aparecer en el jardín. Venía por el senderillo que seguía la ribera del arroyo. Mi padre había muerto en la guerra. Nuestros abuelos nos habían acogido en su casa, a mi madre, a mi hermano y a mí. A nuestro alrededor todo era campo. El caserío lo componían la casita y el terreno del señor Langlois, el albañil, y la granja del señor Deleau.

—Vaya —dijo mamá, que estaba detrás de mí—, esperábamos que llegara por la tarde. Ha venido por la carretera; habría tardado menos si hubiera bordeado el estanque.

Vestía un guardapolvo negro y llevaba un exiguo equipaje. Se fue acercando, pasó bajo las ramas del castaño del bancal. Mamá abrió la puerta principal.

Le dijo:

—Buenos días, jovencita.

Luego se corrigió:

—Buenos días, Elisa.

Y, acto seguido, preguntó por sus padres:

—¿Cómo están? ¿Y sus hermanos, Julien y Joannès?

Ella contestó con una sonrisa que su padre estaba agotado y ya no podía trabajar en el «ferrocarril». Solamente se dedicaba a cuidar del jardín. Su madre, en cambio, seguía encargándose de vigilar el paso a nivel del pequeño convoy que comunicaba Lyon con Jassans.

Yo conocía a Joannès. Era mayor que yo. Tenía, por lo menos, diez años. Ayudado por su perra, Follette, pastoreaba las pocas ovejas que pacían junto a la vía férrea. De vez en cuando, para evadirse de su soledad, tocaba con su clarín alguna tonada de pretensiones guerreras.

En 1920, en el campo francés, todos los niños eran aún un poco marciales.

Así pues, durante un breve instante pensé en el hermano de Elisa mientras ésta se encontraba todavía en la entrada, junto a mamá. Yo, receloso, frío, indiferente en apariencia, escudriñaba a aquella joven que pronto pasaría a formar parte de mi vida cotidiana.

¿Qué edad tendría? Me resultaba complicado responder a tal pregunta. Creía recordar que mamá había dicho «dieciocho años».

La miraba con vehemencia. Su nariz chata era encantadora; sus labios, hermosos; y sus ojos resultaban dignos de admiración por su extraño color entre el azul y el verde. Había recogido su cabello negro con donaire en un moño a la altura de la nuca.

Llevaba el guardapolvo abotonado hasta abajo. Ciertos detalles, ciertas sonrisas, me revelaron que yo no le era del todo desconocido cuando, acaso para fingir

normalidad o para asegurarse mi simpatía, me cogió de la mano.

Fue entonces cuando oí que la abuela bajaba la escalera y la mano de Éliisa me abandonó. Me invitaron a salir al jardín. Alcancé a oír que la abuela decía:

—No estará usted sola. Ya tenemos una criada. Se llama Marguerite. La pobre criatura es del Limusín, y allí no hay trabajo. Su prometido murió en la guerra.

En aquel momento no tenía idea de las órdenes y consejos que la abuela tenía pensado dar a Éliisa. Solía repetir que «quien se levanta a las seis y se acuesta a las diez, vive diez por diez». Yo aún ignoraba que aquella multiplicación auguraba cumplir cien años. Me parecía, no obstante, que con esos horarios quedaría poco tiempo para descansar, dormir y jugar. Entendí que las tareas que confiarían a Elisa no serían diferentes de las que llevaban a cabo Marguerite y la abuela, quien aún emprendía los asuntos domésticos con mucha pasión. Era una mujer disciplinada.

A última hora de la mañana el cielo se cubrió y empezó a lloviznar sobre el jardín. Yo merodeaba en el interior de la casa, ocioso y al mismo tiempo aguijoneado por la curiosidad. Elisa quitaba el polvo a los muebles del comedor. Me habría gustado saber quién era, quién iba a ser. Me demoré, vigilante, en mi papel de discreto observador. No me daba la impresión de que se hubiera percatado de mi presencia, tenaz aunque salpicada de idas y venidas.

Debido al fresco y a la humedad, la abuela quiso que prendiéramos la chimenea del comedor que hacía las veces de sala de estar.

—Acompáñame —dijo Éliisa—. Vamos juntos a por leña al cobertizo.

Me pareció muy risueña y decidida, y sin titubear me agarró de la mano con una suerte de apremio jubiloso que, pese a extrañarme un poco, me resultó halagüeño. Volvimos a casa cargados y corriendo bajo la lluvia.

—Vamos a hacer una buena fogata —me dijo, muy animada.

Creí oír por primera vez aquella palabra, «fogata». Tal vez mamá o la abuela la hubieran usado en alguna ocasión, pero nunca con un ardor como el que brotaba de los labios de Éliisa.

Nos acurrucamos ante el hogar. Éliisa preparó la lumbre mientras me explicaba cuál era la mejor forma de disponer la leña sobre las ramitas. Yo no dejaba de mirarla. Sus manos se me antojaron ágiles y finas, y la proximidad de su cuerpo no me dejó indiferente. Ni muy cerca, ni muy lejos. Los troncos comenzaron a crepitar y las llamas nacientes culebreaban: azules, verdes, fuego. Nos pusimos de pie y nos miramos con una sonrisa.

La abuela acababa de entrar, con su severidad y su eterna desazón.

—¿Qué hace, chiquilla, ahí parada mirando las llamas? No pierda el tiempo.

A primera hora de la tarde no vi a Éliisa. Nos había servido el almuerzo con un mandil blanco por encima de su sobretodo negro; me resultó bellísima, aunque no parecía encontrarse muy a gusto. Pero aquel pensamiento fugaz no hizo sino acrecentar la simpatía hacia ella que ya anidaba en mi interior. Comprendía cuán

nuevo le resultaba lo que le exigían, y lo molesta que podía sentirse por la condición a la que quedaba relegada.

A la hora de la merienda entré a husmear en la cocina. Marguerite estaba sentada junto a la ventana, zurciendo, según su costumbre. También llevaba un sobretodo negro. Me inspiraba algo de miedo a causa de su humor sombrío. Le pregunté por Elisa. Me dijo que había ido a colocar sus cosas en el armario de la alcoba que compartían.

Me enteré de que al anochecer tendría que ir a buscar agua al pozo de la estación, que era el único del caserío que suministraba agua potable. Se me ocurrió que quizá podría acompañarla.

Volví al comedor, un tanto decepcionado por no haber visto a Elisa, y allí encontré a la abuela haciendo punto junto al fuego y a mamá escribiendo una carta con tinta violeta en una hoja orlada de negro. Su luto no acababa nunca. Casi a diario narraba a cuñadas y primas su pena y su angustia.

Las veces que salía para dirigirse a Lyon con el fin de cobrar su modesta pensión de viuda de guerra, se tocaba con un sombrero cuyo largo velo de crespón la cubría hasta los hombros. Comoquiera que era corpulenta y sufría de artrosis en la cadera, caminaba penosamente, con cierta dificultad. Sin embargo, apenas tenía cuarenta años.

Yo padecía aquel duelo. Contrariado, mas sumiso.

Fue mamá quien pidió a Éliisa que me llevara consigo a la estación para sacar agua del pozo. Le aseguró que mi compañía la ayudaría a integrarse más fácilmente en las costumbres de la familia.

Por suerte, había dejado de llover. Partimos juntos. Éliisa me llevaba de la mano, y la que quedaba libre agarraba un cántaro. Su mano era delicada y seca, y me parecía distinguir los huesos con mis dedos. Así pues, desfilamos ante la casa de la señora Bernard y su hijo, Cyprien, que era nuestro jardinero; y luego pasamos por delante de la vivienda del albañil y del terreno del señor Deleau, el campesino.

En la estación vimos a la guardesa, que vendía también los billetes a los escasos viajeros. Ésta se permitió algunas observaciones desagradables acerca de mi aspecto. Me dejó compungido.

—Tal vez —repuso Éliisa—, pero es mi hombrecito. Y algún día será mi compañero.

Puso las cosas en su sitio.

Emprendimos el camino de vuelta. Unas majuelas rojas salpicaban los setos. La brisa húmeda nos traía tímidos perfumes de vendimia, procedentes de unos cerros cercanos.

Éliisa se había puesto a canturrear una canción de la posguerra:

—Tras cuatro años de esperanza, todos los pueblos aliados...



Al compás de la melodía, sin soltarme de la mano, yo daba saltitos a su vera. Las dos hijas mayores del señor Langlois se nos quedaron mirando al pasar, extrañadas.

Por las noches yo dormía en la cama de mamá. Durante la guerra y los primeros años que la sucedieron, sólo dos alcobas se caldeaban a duras penas gracias a unos fuegos de turba que se consumían lentamente. En realidad, durante el invierno la casa entera estaba sumida en el frío. Por ello dormía con mi madre desde mi más tierna infancia. A menudo ella leía cosas tristes antes de dormir: *Las cruces de madera*, *La vida de los mártires o Nêne*, de Ernest Pérochon.

Como mamá era muy corpulenta, la inclinación de la cama me apretaba contra su cuerpo. Según contaban, ella me había amamantado durante mucho tiempo. Desde entonces, yo había adquirido y conservado la costumbre de acariciarle —o, más bien, estrujarle— un pecho para conciliar el sueño. Ella no parecía ver inconveniente alguno en ello, y se mostraba indiferente. Al fin y al cabo, su seno no era más que un objeto, comparable a un osito de peluche o a la muñeca sin la que algunos niños no logran quedarse dormidos.

Con frecuencia, mamá se deleitaba contando a cualquiera, cuando la conversación giraba en torno a mi insignificante persona, que yo no había llegado a conocer a mi padre y que él tampoco me había visto nunca.

Debía de tratarse de algo muy serio, si tanto lo recordaba mamá. E, indefectiblemente, aquella alusión la hacía llorar. A mí me afectaba en gran medida, sobre todo por las noches, cuando estaba a punto de quedarme dormido. No obstante, la noche de la llegada de Elisa el paso de la vigilia al sueño transcurrió sin sobresaltos, aun cuando la oscuridad del jardín estuvo poblada por los chillidos de las lechuzas.

A la mañana siguiente, congratulándose de la llegada de Éliisa, mamá dijo:

—No está mal la muchacha. Es hermosa, tiene una buena figura y un pecho bonito. Le irían mejor los zapatos que los chanclos, pero para el campo... En fin, de todos modos también tiene babuchas.

Mamá me ayudó a vestirme y poco después, cuando entré en la cocina para desayunar, vi a Cyprien charlando con Éliisa bajo el castaño del bancal. Él recogía los erizos que habían caído ya. A veces Cyprien disfrutaba de mi compañía. Me subía a hombros, o sobre su cabeza. En esos casos me decía: «Te llevo de boina roja». Debía de ser un joven republicano. Y así, con mi trasero apoyado en su coronilla, alzaba los brazos para agarrarme las manos y me paseaba por el jardín.

¿Qué podían estar contándose Cyprien y Elisa, quienes, por vecindad, se conocían desde hacía tiempo? Ambos reían. Cyprien hablaba con un pie apoyado en la carretilla. Habría preferido que Elisa se ocupara de servirme el desayuno. Cuando me acerqué, se callaron y se separaron.

Unos días más tarde, me armé de valor y acompañé a Marguerite y a Elisa cuando subieron a las alcobas para hacer las camas.

Fue una fiesta. Elisa no tardó en volver a su infancia durante un rato, animada por mis carantoñas, y participar en los juegos a pesar de la presencia de Marguerite. Nos perseguimos alrededor de las camas. Marguerite exclamaba que nos habíamos vuelto locos y que tendría que volver a poner todo en orden por nuestra culpa.

Salí corriendo nada más oír la voz de mi abuela, alertada por el ruido.

—¿Qué andáis haciendo ahí arriba?

Siempre había muchas mujeres a mi alrededor en casa: mamá, la abuela, Marguerite y una anciana prima de mis abuelos a la que llamábamos «la Cucú». Todas excepto la abuela me eran propicias. Ahora estaba también Éliisa, de quien no me separaba.

Una noche, cuando me disponía a irme a dormir, tuvo la debilidad de darme un beso. A mí casi no me sorprendió. En los días sucesivos, fui a solicitarle mi beso nocturno. Con el paso del tiempo, aquel gesto me resultaba imprescindible. Me parecía que yo era aún mejor que un compañero.

La Cucú trabajaba en la fábrica de algodón y vendas que tanto había prosperado durante la guerra. Su marido la había abandonado hacía mucho tiempo, y ella subsistía con poca cosa y vivía en una casita en el terreno de la granja Deleau.

Para mi gran deleite, almorzaba y cenaba con nosotros. A la mesa, me sentaba entre ella y mamá. Escuchaba atentamente cómo comía. No le resultaba fácil, puesto que ya solamente le quedaba un diente. Pero conservaba el apetito.

Siempre iba vestida con mimo. Prueba de ello era el lazo de terciopelo negro que se anudaba al cuello, algo sarmentoso; y nunca le faltaban unas convenientes gotas de agua de Colonia.

Tras el almuerzo volvía a la fábrica y no regresaba hasta última hora de la tarde. Luego, sobre las nueve de la noche, se dirigía a su casa dentro de los dominios de la granja. Observábamos cómo se alejaba el destello de su quinqué por el jardín en medio de la noche. Y mi hermano hizo el intento de componer un poemilla:

*En la negra velada  
de la noche callada  
por el jardín se interna  
una linterna.  
Y ulula el búho: ¡huhú!  
Es la Cucú.*

Mi hermano, Tiennot, era mayor que yo y me despreciaba un poco; yo prefería la compañía de las mujeres de mi entorno.

Fueron pasando los días y la complicidad que me unía a Éliisa se afianzó.

Durante las tardes otoñales en las que la lluvia me impedía salir a jugar al jardín, me quedaba con ella en la cocina. Ocioso, daba vueltas sin cesar para desesperación de Marguerite. Como antes, como siempre, Marguerite cosía o zurcía, sentada junto a la ventana. Y ahora Éliisa se hallaba frente a ella, afanada en labores parecidas a las que, igual que yo, no veía utilidad. En su interior aún cobijaba una parcela de infancia, y estaba seguro de que habría preferido estar en cualquier otra parte, siempre y cuando fuera conmigo.

Con el paso de las horas concentraba todos mis esfuerzos en acercarme cada vez más. Me sentía atraído por ella, por lo que era.

Conseguí por fin apoyarme contra el brazo que sujetaba la aguja. Sentí que estorbaba. Aun así, ella me lo consintió.

—Ven —ordenó, como para librarse de aquello—, que te voy a preparar la merienda.

—¿Cuándo vas a hacerme barquillos?

—Aguarda a que conozca las costumbres de la casa. Pero te prometo que pediré permiso para hacértelos.

¡Barquillos! A mi juicio, era un gran avance en nuestra intimidad.

Por las mañanas, nada más levantarnos, era cuando mamá me demostraba más cariño y me cercaba con sus recuerdos, advertencias y protestas.

Contaba, sobre todo, historias de mi difunto padre. Había muerto a los treinta y tres años por la patria. Yo me preguntaba si a esa edad uno era joven o viejo. Y la patria, ¿qué era? ¿El jardín, los prados, las granjas aledañas?

—Tú eres mi consuelo —me repetía mamá—. Es increíble lo mucho que te pareces a tu padre. ¡Ay! De haberte conocido, no habría podido renegar de ti. Has heredado sus andares, y presiento que tendrás su voz y su nariz un poco gruesa. ¡Qué alegre era tu padre! Desde que nos casamos, cogió la costumbre de ir silbando al caminar, con su paso ligero y siempre decidido. Mira su fotografía, en la repisa de la chimenea.

Casi cada mañana echaba un vistazo con respeto y admiración a la foto de aquel subteniente con casco, de hermoso perfil, que se erguía sobre la tierra de la región de Champaña cubierto por su capote largo y abotonado.

Pero no me conmovía; más bien me sometía a esa rápida mirada que me obligaban a llevar a cabo como si formara parte de las plegarias matinales.

—Sí —continuaba mamá—, todo el mundo dice que te pareces a él, pero tú eres más timorato. Cuando murió te cambiamos el nombre. Ya no te llamas Jacques, sino Ivan, como él. Tendría que conseguir que le dieran sepultura en el panteón familiar. Aún está allí, en el cementerio militar de Châlons-sur-Marne.

Yo escuchaba. ¿Qué podía decir, qué podía hacer? Con mucho gusto sería soldado cuando fuera mayor, puesto que todo el mundo lo había sido, pero no tenía ningún interés en morir en la guerra.

Tampoco podía servirle a mamá de sustituto de mi padre, si bien a veces ella parecía esperar que así fuera. Entonces, ante tanta confusión y angustia, acababa por echarme en sus brazos y llorábamos juntos.

Una mañana, mientras estaba sentado en la cama y mamá me ponía los calcetines, mi preocupación por tener que reemplazar a mi padre provocó que le preguntara si quería tener más hijos.

—Quizá —me contestó—, pero para eso tendría que estar tu padre.

Así fue como aprendí que hacían falta dos personas, preferiblemente adultas, para tener hijos.

A menudo me sorprendía que mi hermano nunca participara en nuestras conversaciones matinales. Ciertamente compartía alcoba con nuestros abuelos, y por ello no asistía a nuestros despertares. Creo que mi reputación de ser el más sensible me hacía ostentar el privilegio de las confidencias maternas.

Tiennot era ya mayor. Tenía diez años y había conocido a su padre. Vivía su vida. Era callado, buen estudiante y un gran lector de Alejandro Dumas; también le gustaba ir a pescar al estanque en compañía de su gato, a quien alimentaba a base de brecas y gobios.

Ya era, bajo mi punto de vista, un personaje de la familia.

Acabadas nuestras tertulias, mamá y yo nos sumergíamos en la cotidianeidad. Se mostraba tierna y protectora. En cuanto se alejaba un poco, yo me soliviantaba.

—Mamá, ¿dónde estás? —exclamaba yo.

—Estoy aquí, en mi alcoba.

Iba a buscarla y la encontraba empolvándose ante el armario de luna.

Sin embargo, a mamá le extrañaban mis continuadas visitas a la cocina.

—Qué interés tendrá hacer compañía a las muchachas... ¡Pero si tienes juguetes para entretenerte!

—Pocos —respondía yo.

—Es verdad, los juguetes son caros. Y me hago cargo de que no te interesan. Lo que a ti te gusta es merodear por la cocina, observar a unos y otros. Sobre todo desde que llegó Éli. Y eso a tu abuela no le gusta nada.

La sobriedad del sobretodo de Éliisa, aquella forma de llevarlo con la compostura y la elegancia que le confería el final de su adolescencia me atraían cada vez más. Ella parecía aceptar mi insistente presencia, pero no estoy seguro de que fuera del todo consciente de mi embeleso.

Una noche, a su regreso del permiso semanal, le manifesté mi descontento: ¿por qué se había marchado sin decirme nada?

—Te haré barquillos —me dijo, creyendo que así me apaciguaría.

Le reproché que me hubiera abandonado.

—Quiero que me digas dónde has estado.

—¿Dónde quieres que vaya, sino a casa de mis padres?

—No quiero que te marches. ¡Te echo de menos!

—¡Pero bueno, si eso es casi una declaración de amor! ¿Acaso sientes celos? Puedo ser para ti como una hermana mayor, o como una prima que ejerce cierto papel de madre también, pero nada más.

Me atrajo hacia sí y me cogió en brazos. Yo estaba extasiado. Era la primera vez. Descubrí lo flaca que estaba: era huesuda, pero también percibí sus senos redondos y firmes.

—Un jueves de éstos —añadió— te llevaré a casa de mis padres y pasaremos la tarde juntos.

—Cuando tu abuelo fue a inscribirte en el ayuntamiento —me decía mamá— indicó el nombre que tu padre y yo habíamos elegido: Jacques. Esperamos mucho tiempo para tu bautismo, pues aguardábamos que a tu padre le dieran un permiso para que pudiera asistir al sacramento y participar en el convite. Pero tu padre murió. Y entonces decidí que no te llamarías Jacques, sino Ivan, como él. Y por eso en la parroquia te bautizamos con el nombre de Ivan.

—Lo sé. Ya me lo has contado.

—Pero nunca con tantos detalles. Es menester que lo sepas. Me recuerdas en todo momento la memoria de tu padre, y a veces hasta su presencia. Más adelante, por familiaridad y quizá con desatino, para afirmar que aún eras un niño, Ivan se transformó en Vanvan. Y ahora todo el mundo te llama así.

Por aquel entonces no veía inconveniente a que me hubieran cambiado el nombre: cosas de adultos. Vanvan sonaba bien para un niño y era fácil de recordar.

EL INVIERNO TRAJO LA NIEVE y Cyprien hubo de despejar los caminillos del jardín.

Pese a todo, fue por aquellos días cuando Éliisa me llevó a casa de sus padres, una tarde de jueves. Supo convencer a mamá, que insistía en que la excursión era del todo inoportuna debido al frío.

Éliisa rehusó tomar la carretera y, sin duda animada por su amor hacia el campo, quiso seguir el curso del arroyo que corría detrás del estanque.

Fue un gran viaje. Descubrí el hilito de agua bajo la nieve, la hierba aterida, las gotas heladas en las riberas y el murmullo atento de la corriente en medio del blanco silencio.

—Mira el agua —me repetía Éliisa—. Te voy a llevar un rato en brazos. Hasta donde están las «hendeduras», ¿te parece? Allí, donde se yerguen esas piedras para canalizar el torrente que viene de río arriba, de Masseval.

Por fin nos incorporamos a la carretera y divisé las barreras del paso a nivel. La señora Ducroux, arrebujada en una toca verde oscuro, nos esperaba apostada en la puerta, desafiando el frío. Su casa era muy modesta, aunque fuese de piedra. Se encontraba muy cerca de la vía férrea. Detrás había un cercado donde picoteaban unas pocas gallinas. La cocina, de baldosas rojas y paredes con manchurroneos, resultaba tristonera. La nieve cubría los campos.

Éliisa me quitó el abrigo, el gorro y los zapatos. Le pregunté por Joannès. Me contó que estaba en el molino, adonde su madre lo había mandado a comprar grano.

—Bueno, pues aquí está el compañero del que te he hablado —dijo Éliisa a su madre, señalándome con el dedo.

—Ponle las pantuflas de Joannès. Tiene los pies empapados.

La señora Ducroux había hecho barquillos y limonada para agasajarme.

Ahíto, más tarde oí que Éliisa y su madre hablaban de dinero. Su padre no trabajaba.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Llega por la noche, piripi.

—Te traeré lo que gano.

Se oyó el tañido reiterado de una campana.

—Vamos a esperar a que pase el de las cinco y cuarto. Bajaré la barrera y luego nos iremos. Tengo que estar de vuelta antes de las seis.

Regresamos a casa siguiendo el curso del arroyo. La nieve se fundía un poco más. Le daba vueltas a la idea de que podría haber besado a Éliisa en el cuello o la nuca cuando me había llevado en brazos durante la ida. Sentí ganas de hacerlo, pero me contuve porque no sabía si me estaba permitido. De haberlo sabido mamá, habría censurado mi deseo. Pero fue un error no ceder al impulso. Éliisa jamás habría informado a mi madre de aquel beso clandestino. Debí haber sabido que de mí aceptaba mucho más de lo que se considera natural. Era ya, en cierto modo, mi cómplice.

Yo no tenía del todo clara mi identidad. Había sido Jacques, luego Ivan, y luego Vanvan. De momento, la cosa quedaba ahí. Debía de parecerme a ese padre que no había conocido. En resumidas cuentas, yo estaba duplicado: tenía que ser yo y mi padre. ¿Cómo habría sido él de niño? Era una persona alegre, y sin embargo había muerto en la guerra. De ello infería que la despreocupación no te protege de nada. Para protegerse lo mejor era buscar un refugio secreto junto a unos pechos. ¿Por qué las mujeres se empeñan en ocultarlos? Para conquistarlos había que aferrarse a ellos, agarrarlos.

Al regresar de la casa de la señora Ducroux caminamos deprisa, pues Elisa temía llegar tarde. Huelga decir que me llevaba de la mano. De vez en cuando corría un poco entre risas, como si yo hubiera sido su niño pequeño; creo que me habría gustado serlo. Me pareció entonces que Elisa saboreaba conmigo unos instantes de sencilla felicidad.

Como si ambos estuviésemos duplicados.

Cuando se aproximaba el final del invierno, a primeros de marzo, mamá me propuso acompañarla a dar un paseo por el jardín. Le encantaban las flores. Hallaba consuelo en ellas. Sus padres delegaban en ella la elección de las plantas y el control del vergel. Yo le hacía compañía, y una de las primeras dichas del año se desplegaba con los colores cálidos de los alhelíes.

Comoquiera que nuestro paseo estaba a punto de terminar, y que nos dirigíamos al bancal, mamá me espetó:

—He decidido acercarme el mes que viene al campo de batalla donde tu padre fue herido dos meses antes de su muerte. Iré con tu hermano y con el tío Lazare. Tienes seis años, eres mayor ya. Pasarás una semana con tu abuela.

—¡Y me vas a dejar solo por las noches! —objeté.

—¡No montes una tragedia! Se me reprocha no haber ido a visitar a tu padre cuando estaba malherido. Y no fui porque te estaba amamantando.

Al final, todo se reducía a pechos y leche. En resumidas cuentas, si no me equivocaba, era culpa mía que mi madre no hubiera podido velar a mi padre moribundo. Me puse a patalear, ciego de rabia y de tristeza.

¿Dormir solo en el enorme lecho de mamá? ¡Jamás!

Le confié mi pena a Elisa.

—Con mucho gusto te recibiría en mi cama —me aseguró—, pero me parece que tus abuelos no lo entenderían.

Mi desesperación se prolongó durante dos días; luego la borré de mi memoria. Mi actitud hacia Éliisa se volvió cada vez más exigente. Poco me importaba la presencia de Marguerite: cuando, por las tardes, ambas se acomodaban delante de la ventana de la cocina, me volvía cada vez más apremiante con ella. Le acariciaba el cuello, la nuca, y, si trataba de zafarse, insistía para notar los huesos de lo alto de su pecho. Me

complacía la desnudez de aquella piel tan cercana a sus senos, que yo presentía opulentos. De esa manera descubría los vínculos secretos que unen el amor y la muerte. Respiraba a Elisa mientras contemplaba, embelesado, los movimientos primaverales del jardín cuajado de colores inesperados. Nadie era capaz de comprender el alcance de aquella búsqueda que, para equilibrar la muerte de mi padre y la tristeza de mi madre, perseguía descubrir los senos de Elisa.

—Pero ¿qué le pasa? —murmuraba Marguerite—. No te dejes. Se pasa todo el día pegado a tus faldas.

Mamá tenía miedo de las enfermedades. Al más mínimo catarro, me metía un termómetro en el trasero y seguía con inquietud, inclinada sobre mí, la evolución del mercurio en la escala.

Y musitaba:

—Tienes las nalgas ardiendo.

Tenía la costumbre de medir a ojo la temperatura, con las manos: el calor de la frente, el tacto de las orejas y las palmas sobre las nalgas.

Yo aprovechaba esa ansiedad para tratar de disuadirla del proyecto de viaje al campo de batalla.

—No quiero que me abandones.

Se iba acercando la fecha de su partida.

—Te traeré soldaditos de plomo.

—Sabes perfectamente que son muy caros.

—Bueno, pues soldados de cartón piedra, entonces.

—Como quieras.

—Qué sensato eres.

—Sí, pero no quiero que te vayas. ¿Y si me pongo malo...?

—Tu abuela llamaría al doctor Charles. No seas tan posesivo.

Protagonizábamos discusiones matrimoniales.

Al tío Paul, que a sus treinta y tres años volvía de un periodo de ocupación militar en Mayence, le gustaba contar batallitas de la guerra durante la cena. Estaba muy orgulloso de haber pertenecido a los «volantes», esto es, a la artillería a caballo que ejecutaba al galope sus rápidos movimientos. Había estado en la Batalla del Grand Couronné, en Massiges y en el canal de Fumes, en Yser. Y se servía fiambre de ternera con mayonesa. Era uno de sus platos predilectos; le gustaba parafrasear unas palabras que sabe Dios de dónde habría sacado: «Amigos, sírvannos fiambre de ternera».

Mamá no quería que el heroísmo de su marido quedara ensombrecido, y declaraba:



—En Champaña, en septiembre del 15, fue espantoso lo ocurrido en el bosque Sabot y en la granja de Navarin, donde se encontraba Ivan.

—Igual que en Tahure y en Perthes-lès-Hurlus.

De esa forma, en el transcurso de las cenas y las veladas, bajo la intimidad que daban las lámparas, aprendí aquellos nombres de pueblos, de aldeas, bosques y granjas que me acompañarían toda mi vida. Vauquois, Les Éparges, Tahure, la mano de Massiges, Craonne y Hurtebise, el bosque de Caures y Douaumont: las cuentas de un rosario infinito teñido de sangre.

Y el tío Paul volvía a servirse fiambre de ternera con mayonesa.

Todavía hacíamos algunas fogatas de primavera. Los cerezos estaban en flor. Mamá, a escondidas, había hecho la maleta, y una mañana me vi sin ella, aunque de la mano de Éliisa. La abuela quiso hacerse cargo de mí inmediatamente, pero logré escapar de ella.

Durante la tarde, Éliisa anunció que me haría barquillos para consolarme de la partida de mamá.

—¡Los barquillos no lo son todo, también estás tú!

—¡Estás loco!

Y fue a sentarse al lado de la ventana. Era miércoles, el día de permiso de Marguerite.

Éliisa, pensativa, retomó el remiendo.

—No sé qué es lo que quieres —masculló—. No te entiendo.

—¡Te quiero a ti! —exclamé.

Me abalancé sobre ella y oculté mi rostro entre los pliegues de su sobretodo, contra su vientre. Al instante, sentí que posaba la mano en mi cabeza.

—Estás siendo irracional —me dijo.

—Y tú también.

—Es cierto.

Sonreía.

Cuando mamá volvió de su viaje, estuve enfurruñado una mañana entera y no me separé de Éliisa.

Por la tarde accedí a abrir una caja de soldados de cartón piedra que me había comprado en un bazar de Châlons-sur-Marne. Eran unos húsares vestidos con casacas azul claro y alamares blancos, el uniforme de antes de la guerra.

Mientras los colocaba en posición de batalla sobre el entablado de la sala de estar, mamá contaba a la abuela las peripecias de su viaje. Tuvo que pasar por París y pernoctar en la calle de Seine, en casa de una amiga que era cantante en la Opéra-comique; luego, al día siguiente, tomó el tren a Châlons. A continuación se dirigió a

Suippes y empezó a descubrir el paisaje lunar y caótico de árboles caídos o despedazados sobre una tierra blanquecina y perforada de trincheras y hoyos dejados por proyectiles. Fue a pie hasta Souain y luego tomó el camino de la Granja Navarin, donde creía, sin estar segura, que Ivan fue herido.

Llegada la noche, mamá estaba ocupadísima. Había traído el casquillo de un obús «que podría servir de jarrón para las flores», cargadores con sus balas y dardos de acero de los que lanzaban los aviones. Etiquetaba cada objeto que había traído del campo de batalla y anotaba el lugar donde había encontrado cada cosa.

También me contó que hubo de pasar con mi hermano una noche en el Hotel de la Santa Madre de Dios, en Châlons-sur-Marne. Por la mañana fueron juntos al cementerio militar para localizar la tumba de nuestro padre.

El viaje le había dejado una profunda huella. Ahora, afirmaba, ya sólo quedaba solicitar la exhumación del cadáver de Ivan para que reposara a nuestro lado en el panteón de Villeroy donde ella también recibiría sepultura algún día. Y pediría que grabaran el nombre de Ivan sobre la pizarra en la tapia del cementerio de Briollay, en Anjou, encima de la tumba de sus padres.

Aquella noche volví a nuestra cama y, como siempre, mi mano se perdió en su pecho. Sobre la mesilla se encontraban la consabida jarrita llena de agua, el vaso y las cajas de comprimidos y tabletas que mamá tomaba durante la noche para calmar sus dolores y su aflicción: Algocratina, pastillas Faivre, Pyramidon, Sonéryl.

Era menester llevar a término mi conquista. Así pues, no dejaba a Elisa sola ni un momento y me dirigía a ella como un maestro mendicante mientras ella se dedicaba a sus quehaceres en su lugar acostumbrado, aguja en mano o, siguiendo las instrucciones de la abuela, entrelazando a ganchillo unas hebras de rafia para confeccionarme un sombrero estival que, cómo no, iría adornado con un lazo tricolor.

Tras un artero acercamiento y varias caricias en los antebrazos, conseguí besarle los párpados. Estaba rebotante de alegría por que hubiera consentido, aunque a veces manifestara signos de impaciencia.

—No abuses —me decía.

Y una sola vez:

—Me estorbas.

Yo contesté:

—No volveré a tocarte.

—Sabes muy bien que eso no es cierto.

De vez en cuando intentaba que me interesara por el jardín.

—Mira los parterres de capuchinas.

—Mi capuchina eres tú.

—No sabes ni lo que dices. Qué gracioso eres. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Serás mi novia.

—¡Qué bobo! Los renacuajos como tú no piensan en esas cosas.

Era un juego singular. De haber tenido ocho o nueve años, jamás habría reunido valor para hablarle así.

Ignoro si el viaje a la zona de los combates había reportado a mamá esa cierta tranquilidad del deber cumplido.

Por la mañana, al levantarnos, se ponía a canturrear mientras se deshacía las trenzas ante el espejo que había sobre la chimenea. Eran melodías patrióticas, como «El canto de la partida». Se interrumpía para repetirme: «La época histórica predilecta de tu padre era la del Consulado: la Paz de Lunéville, la Paz de Amiens; y, por supuesto, el Imperio, Iéna, ¡y Prusia de rodillas!».

Un día me sorprendió. Yo la escuchaba con atención cantar:

*Detrás de Perrache<sup>[1]</sup>  
decapitaron  
al cobarde  
que mató  
a nuestro simpático  
y gentil presidente de la República,  
a quien tanto queríamos.*

—Cuando yo era niña —dijo—, Caserio, un italiano, asesinó en Lyon al presidente Carnot. Entonces se produjo una revuelta, y todos los comercios italianos fueron saqueados por la multitud, en especial el local del pajarero que estaba en los muelles del Ródano, Casartelli.

¿Cómo era posible que pajarero fuera un oficio?

Un domingo de aquella primavera sucedió que Éliisa no me llevó a casa de sus padres, como ya era habitual.

Me enteré por Cyprien, que también se interesaba por ella, de que había ido al pueblo. ¿Adonde, y por qué?, se preguntaba Cyprien.

A su regreso no me privé de interrogarla.

—Si te digo que he ido a ver a una amiga, no me creerás —me dijo.

—Sabes muy bien que si hubieras ido al pueblo a estar con una amiga me habrías llevado.

—Quieres enterarte de todo. Ven, vamos a probarte el sombrero que te estoy haciendo.

Aquello no era una respuesta.

Aún no había llegado el verano. Ramos y Pascuas habían pasado ya. La abuela decía que estábamos en la época de la Ascensión y del Espíritu Santo de Pentecostés, y añadía que, en otros tiempos, le agradaba seguir las procesiones del Corpus Christi, cuando los niños tiraban pétalos de rosas a los pies de las custodias. La abuela creía en Dios y en Jesucristo Nuestro Señor.

Estábamos a principios de junio. Al menos, eso decía mamá cuando nos levantábamos. Y agregaba:

—Voy a quitar una de las mantas de nuestra cama. Me das mucho calor.

—Pero tú a mí también me das calor con tu camisa de muletón.

No nos dejábamos pasar ni una.

Mamá abría los postigos. El sol ya llevaba rato en el cielo.

Pronto habría que segar la mies de nuestro prado grande y Marguerite y Éliisa, liberadas por la abuela de las tareas domésticas, irían a echar una mano a Cyprien en la siega.

Ésta se hizo con alborozo. Cuando la faena hubo concluido, celebramos a partir de las cinco de la tarde lo que en la región se conocía como «la Revole», una copiosa merienda que ofrecía la abuela a quienes habían participado en aquellas largas y calurosas jornadas.

Éliisa y Marguerite trajeron gran cantidad de pasteles, bebidas carbónicas y vino de Vouvray.

Desplegamos un mantel grande sobre la hierba, a la sombra de un roble. Nos sentamos formando un corro. Así pues, nos reunimos Marguerite, Éliisa, Cyprien, dos jóvenes campesinos que habían venido para ayudar y yo.

Todo transcurrió para todos con una sincera alegría hasta que, al espiar una conversación entre Marguerite y Éliisa, oí entre las risas estas palabras: «Se encarga de las líneas de telégrafos. Es un poco peligroso porque tiene que subirse a lo alto de los postes».

¿De quién hablaba? Sin duda, trepar a los postes podía ser todo un juego, pura diversión. ¿Se referiría al hermano de Éliisa, Julien?

Me prometí salir de dudas.

Aquella misma tarde, por encima de los sauces, más allá del extenso prado que desprendía un perfume de heno seco, el sol declinó teñido de rojo entre el fuego que él mismo prendía en el cielo.

La abuela, sentada en el poyo del bancal, decía que a la mañana siguiente haría mucho viento.

Por el camino, al final del jardín, los rebaños se agolpaban para volver a las granjas y los gritos de los boyeros se perdían en las aguas del estanque.

Varios días más tarde, la señora Ducroux vino a pedir permiso a la abuela para llevarse a Elisa durante cuarenta y ocho horas. La señora Ducroux deseaba que su hija la acompañase a Bourg-en-Bresse, capital de nuestro departamento, para solicitar un documento en la prefectura.

Élisa se marchó y volvió. Fui a esperarla a la estación y, nada más verla apearse del tren, me sentí feliz y deslumbrado.

Me extrañó su vestimenta de ciudad, que probablemente acababa de comprar. Nunca me había resultado tan maravillosa. Iba de verde y pardo, con una falda bastante corta y de talle bajo. Me pareció que hasta había cambiado de peinado. Sabía que le apetecía hacerlo. Corrí hacia ella. Supe entonces que no existen mayor impaciencia ni emociones tan vivas como las que suscitan la espera, el descubrimiento y la reconquista de un ser amado que baja de un tren. Élisa me cogió en brazos. Yo ya no tenía claro quién era ella. Todo se me antojó complicado, arcano.

A comienzos del verano el tío Paul vino a pasar unos días de vacaciones con nosotros. Lo conocía muy poco, puesto que estuvo ausente todo el tiempo que duró la guerra e incluso algo más.

No le gustaba el campo. Vivía en un piso de soltero en Lyon. Sin embargo, durante el invierno había venido dos veces a la semana a cenar y a dormir con nosotros a Serrigny. Se decía que trabajaba en el despacho del abuelo, pero, según sostenía mamá, más bien se dedicaba a pasear por la ciudad y a entretenerse cada noche en la Brasserie des Archers, la sede del club de fútbol de Lyon, donde se citaba con sus amigos.

Tenía un pasado interesante como deportista que se remontaba a antes de la guerra: varias veces formó parte del equipo nacional de *rugby* y fue campeón de Francia en 1910 en esa misma disciplina.

Yo lo veía guapo, elegante, perfumado, discreto y de una amabilidad extrema.

Además, desde que había vuelto a relacionarse con nosotros se interesaba mucho por mí, lo cual me complacía. A menudo me sentaba en su regazo y, con la excusa de evaluar la calidad de la musculatura de mis muslos y pantorrillas, me hacía cosquillas y acabábamos enzarzados en chanzas interminables. Éstas concluían, cuando nos calmábamos de nuevo, con estas palabras: «Pequeño, tú serás medio melé».

Durante las vacaciones del mes de julio consideró apropiado iniciarme en los deportes atléticos: carrera, salto, lanzamiento y pases de pelota. Así pasábamos las mañanas, corriendo y saltando en el viejo terreno de petanca abandonado que nos

servía de pista para nuestras pruebas, interrumpidas por periodos de descanso en los cuales el tío volvía a ser artillero.

—¿Ves aquella casa de allí, a orillas del Saona? La llaman la «casa cuadrada». Con un cañón de 75 podríamos echarla abajo en un momento. Claro que éste no es un buen observatorio, porque los árboles son muy frondosos. Pero, en tiempo de guerra, cualquier hoyo es trinchera. Digamos, pues, que el primero se quedaría corto, el segundo se pasaría y, a la tercera, diana. ¡Bum!

A continuación, disertaba consigo mismo acerca de trayectorias y efectos, así como de errores de paralaje. Pero no tardábamos en volver a nuestros ejercicios de atletismo.

—Y recuerda, que no se te olvide jamás, que la velocidad es la aristocracia del deporte.

Hacia el final de la mañana íbamos a bañarnos al Saona. Aquello supuso para mí un gran descubrimiento y una maravillosa iniciación.

Durante el camino de regreso me contaba historias de la guerra con nombres nuevos: Rozelieures, el molino de Laffaux y la Malmaison.

Un día, mientras recorríamos el sendero grande del jardín después de nuestro baño, vimos que Elisa estaba poniendo la mesa bajo la acacia del bancal. El tío pareció interesarse. Se puso a canturrear una melodía que empezaba a ponerse de moda:

*Una mujercilla  
que baila el charlestón  
con el pelo corto  
a lo garçon...*

y de pronto se interrumpió:

—¿No te parece que Elisa tiene unas piernas preciosas?

Yo asentí, un tanto sorprendido.

—En cambio, tú —añadí— tienes las pantorrillas muy gruesas.

—Tú las tendrás igual. Sales a la familia de tu madre, a nuestra familia.

Vaya, pues sí que iba apañado. Tendría la nariz grande de mi padre y las pantorrillas gruesas de mi madre.

Para el 15 de agosto, santo de mi abuela y de todas las Marie, nos acercamos en familia al cementerio de Villeroy. Aunque la Cucú se llamaba Marie, quedó excluida de la peregrinación. Se le reprochaba que, durante su juventud, hubiese dado un paseo en calesa en compañía de un varón por las calles de Villeroy.

La tradición dictaba que se rindiera homenaje a los muertos en el día de la Asunción.

Por la tarde, Elisa accedió a llevarme con ella. Su padre guardaba cama, aquejado de unas fiebres altas. El médico dudaba entre tuberculosis y fiebre tifoidea. Joannès estaba allí, pero se mostraba tan altanero conmigo que no me prestó ninguna atención. Colocaba sobre la mesa los naipes de un solitario.

Elisa hablaba mucho con su madre. Ambas hacían referencia continuamente a los preparativos de una fiesta inminente. Pero Elisa desconfió y avisó a su madre de que no hablara demasiado delante de mí.

No obstante, aún capté al vuelo un nombre, «Armand»:

—No sé cómo va a asistir tu padre, en su estado.

A la vuelta hubimos de atravesar el arroyo de Masseval. A pesar del calor llevaba mucha agua, porque en el territorio de Dombes habían caído fuertes tormentas.

Elisa se inclinó junto a la ribera y colocó en el cauce dos piedras muy pesadas para que yo pudiera apoyar el pie y franquearlo. Llevaba un vestido azul claro muy ligero. Cuando se encorvó hacia el agua pude distinguir el nacimiento de sus senos y la franja de piel oscurecida que los separaba, pero nada más. Macizos, pesaban dentro del sostén sin que yo lograra descubrir el pezón ni la areola.

¿Sería «Armand» el que trepaba a los postes?

A la vuelta, decidí quedarme solo a la orilla del arroyo. Me senté en los peldaños de la escalera que bajaba del jardín a la cascada, cosa que mamá me tenía prohibida.

Me cautivaba el torbellino de agua que caía sobre su propia espuma y luego desaparecía, estampándose contra los guijarros negros. Allí pude reflexionar a placer preguntándome quién sería Armand. ¿Sería el muchacho que se ocupaba de las líneas de telégrafos? Un niño no era, de eso no había duda; ni un anciano. ¿Tal vez un pretendiente?

Poco a poco me fui enfrascando en mis indagaciones. Estaba prendado por el espectáculo de la cascada cuando, de pronto, oí la voz enojada de mamá:

—¿Qué haces ahí? Sabes perfectamente que no quiero que te acerques al agua tú solo.

Me levanté de golpe, furioso, y le solté a mi madre un violento puntapié con el remate de hierro de mi zueco.

Aún me lo reprochaba cuando, por la noche, me tumbé a su lado.

Al día siguiente brilló el sol. Éliisa y Marguerite se acomodaron a la sombra del castaño y se llevaron su labor.

A la intemperie del jardín y del bancal no resultaba fácil efectuar un acercamiento discreto hacia Éliisa, máxime cuando mamá y la abuela se animaron a sentarse en el

banco que había bajo la acacia.

Yo iba ataviado con el famoso sombrero de rafia con lazo tricolor, medianamente bien vestido, con pantalón corto y camisilla, en mi papel de niño ocioso pero alerta, con la esperanza de dar con alguien a quien incordiar. Todas las mujeres estaban a salvo de mis tejemanejes y, en mi opinión, demasiado libres.

Élisa me dijo una vez: «Te comes mi libertad». Yo le contesté:

—Tú eres mía.

Y ella respondió entonces, riendo:

—¡Pillastre!

Aquella palabra no cerraba la puerta a ninguna audacia. Fingí que me enfadaba. Y seguía sin saber quién era Armand.

Un día en que Marguerite disfrutaba de su permiso semanal me vi a solas en la cocina con Élisa. Eran entre las tres y las cuatro de la tarde. Ella estaba sentada junto a la ventana. Los girasoles y las malvas reales florecían en la zona más apartada del jardín. Detrás de mí, la ventana que daba al prado de las cabras estaba abierta.

Antes de acercarme a Elisa me quedé mirándola largo rato. No me prestaba ninguna atención. Yo ignoraba en qué podía estar pensando sumida en aquel silencio de septiembre interrumpido a veces por un débil balido.

Me fui aproximando despacio. Llegué a su lado y me apoyé en ella. Interrumpió su labor, el remiendo de una media de lana negra. Posé mis labios contra su cuello. Ella los aceptó con indiferencia, como una manifestación habitual de amistad quizá algo más atrevida de lo normal.

Me alejé un poco, decepcionado; aunque enseguida su rostro, sus hombros y su cabello me atrajeron de nuevo. Mis dedos le recorrieron la nuca, se detuvieron y luego le acariciaron un hombro y alzaron el cuello de su guardapolvo.

¿Le parecían agradables aquellas caricias infantiles a Élisa, que seguía con la labor en el regazo? Las dilaté. Ella echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared, con los ojos entornados. Sentí que había llegado el momento. Se había abandonado a mí. Mi mano se deslizó hasta su seno. No conseguí alcanzarlo.

Se irguió de un salto, algo descompuesta, y me rechazó.

—¡Ah, no! —gritó—. No sabes lo que haces. ¡Eso no!

Y con una mano febril puso en su sitio el tirante del sostén, que yo había descolocado.

Supe que la había perdido. Que jamás poseería los pechos de Elisa. Ella no había sospechado la ambigüedad de mi inquietud, ni que en ellos buscaba calor o un refugio.

Se me empañaron los ojos. Le di lástima. Me dio un beso, aunque vi que se reía un poco. De mí.



Al cabo de unos cuantos días se me ocurrió que, a falta de Elisa, ¿por qué no provocar una alianza con su hermano? Ese desvío me permitiría, al menos, permanecer en su órbita.

Se me presentó la ocasión de charlar con Joannès en el terreno de Cyprien. Al principio se mostró bastante amable. Me explicó que había venido a buscar un conejo macho a casa de la señora Bernard para que cubriera a dos de sus conejas.

Al pronunciar esta última palabra se animó. Repitió varias veces:

—Conejas, conejas...

Y, al ver que yo permanecía impasible, añadió:

—¿Es que no te recuerda a nada?

—No —respondí.

—Vaya, amiguito, eres más imbécil de lo que me pensaba.

Mi propósito no iba por el camino del éxito.

Todas las tardes de sábado de septiembre el abuelo se acomodaba en el descansillo del pabellón, al lado de un aparador que él llamaba «el armario de las escopetas». Allí, sentado ante una mesa, preparaba con esmero los cartuchos para la caza del día siguiente. Durante muchos años había cazado en Dombes, pero ahora que había cumplido los sesenta se contentaba con las presas de los campos adyacentes. Distráido en su tarea, a menudo se ponía a canturrear una vieja melodía de los años 1880-1890:

*En París, en Francia  
ya no nos sentimos en casa.  
¡Qué clase de gentuza  
redacta las leyes!  
Mientras los parásitos  
no dan golpe,  
la hambruna  
mata a nuestros ciudadanos.  
Hace mucho tiempo ya  
que morimos de penuria.  
Expulsemos al extranjero  
eso nos dará faena.  
Necesitamos  
pan o guerra.  
Expulsemos de nuestra tierra  
al prusiano, al italiano y al judío.*

Aquella canción ofendía mucho a mi abuela.

—Momet —así llamaba a su marido; y, gritando—: ¡eso ya no se canta!

Ella prefería «Le Postillon de Longjumeau»:

*Os voy a contar la historia  
de un postillón joven y galante...*

Un domingo soleado de septiembre el abuelo me dijo:

—¿Quieres venir con tu hermano y conmigo a por alondras?

Los tres atravesamos los prados hasta «el campo». Así llamábamos a los labrantíos de trigo del valle.

En la linde de una dehesa, junto a tres chopos, oculto por un arbusto, el abuelo colocó a cierta distancia de donde nos encontrábamos un espejo móvil cuyo eje clavó en la tierra. A continuación vino adonde estábamos nosotros, con un largo cordel en la mano que le permitía mover y girar el espejito sobre su eje. Pronto, las alondras se sintieron atraídas por los destellos brillantes y descendieron de lo alto del cielo. Y las aves caían al tiempo que el estallido de los disparos quebraba el campo hasta ahora mudo y apacible.

Ajeno a todo, yo cogía moras del arbusto sin dejar de pensar en la pérdida de Elisa.

Había conseguido hacer un amigo. Marceau Pivoine pasaba el final de sus vacaciones en casa de su abuelo, el señor Deleau —el campesino—, cuya esposa había muerto a principios de año. De hecho, con tan sólo once años Marceau se ocupaba de las tareas domésticas de su abuelo. Iba a hacer los recados al pueblo, donde compraba sobre todo latas de conservas. Sentía debilidad por el atún en aceite. Su «viejo» no tenía queja de aquel dispendio. El padre de Marceau también había muerto en la guerra, en julio de 1918. La señora Pivoine declaró entonces: «Antoine no ha tenido suerte. Tres meses más, y habría salido airoso». Marceau se encargaba de los quehaceres de su abuelo con mucho gusto. Les dedicaba poco tiempo. Era un insigne cazador de pajarillos con tirachinas. Apuntaba a los gorriones cuando venían durante el ocaso a buscar cobijo nocturno en el cañizo de la era donde se trillaba el trigo.

Huelga decir que desde la cúspide de sus once años me despreciaba un poco, pero como era mal estudiante no se mostraba demasiado altanero. A veces se juntaba con Joannès, pero no con asiduidad. Joannès era demasiado dominante.

Había aprendido a leer. Algunas palabras me gustaban mucho. Mi predilecta era, creo, «lluvia». Al principio me costó leerla, pero sus vocales húmedas le daban

belleza y dulzura. Luego venían las que evocaban el agua en movimiento. Eran palabras plateadas, pero con una luminosidad muy cambiante a medida que el agua corría de lo umbrío al sol. «Sol» no estaba nada mal, aunque, para mi gusto, sonaba demasiado fanfarrona. El agua era mi mejor amiga, especialmente porque yo solía tener sed. Sed de mi madre también y, pese a todo, todavía de Élixa.

Desde hacía algún tiempo, mamá me repetía que cuando se reanudaran las clases, muy pronto, yo debería ir a la escuela.

—En la ciudad, en Lyon —puntualizó.

—No, eso jamás, nunca renunciaré al jardín ni al campo.

—Verás el Ródano y el Saona.

—¡Vaya cosa! —exclamé.

Qué me importaba a mí el Ródano, aquel gordo barbudo de las esculturas y las imágenes.

Yo no lo decía, pero sabía —porque lo había conocido— que el Saona tenía senos. Era mujer.

Me daba perfecta cuenta de que el buen tiempo llegaba a su fin. Marceau Pivoine se preparaba también para volver al internado. Durante sus últimos días de libertad venía a pescar al estanque. Llovía un poco. Había dado con un lugar, bajo un enorme sauce que había en la ribera, donde pescaba percas usando como cebo unos gusanillos rojos. Y cuando caía la noche se iba corriendo con sus capturas. Huía como un ladronzuelo. La pesca fue la última alegría de sus vacaciones.

El proyecto había cobrado fuerza. Mamá y su hermano Lazare habían organizado el traslado de los restos de mi padre al cementerio de Villeroy.

Un sábado, el tío Lazare fue a esperar el féretro a la estación. El tren llegó con mucho retraso. A continuación, el cortejo fúnebre hubo de atravesar toda la aldea y subir el cerro donde se encontraba el cementerio. El tío volvió cuando ya caía la noche.

Nos habíamos reunido en el comedor a esperar su regreso de Villeroy: mamá y —muy cerca de ella— mi hermano Tiennot, el abuelo, la abuela y la Cucú. Mamá me había sentado en sus rodillas y me estrechaba contra su pecho.

Por fin llegó el tío y, de pie, con una mano apoyada en la mesa y la otra levantada, explicó:

—Cuando hemos llegado al cementerio nos hemos encontrado la verja cerrada. Era tarde, es cierto. Como el guarda se negaba a abrir, me he enfurecido: «¿Acaso cree usted —le he espetado— que cuando los soldados emprendían el ataque se les preguntaba si les convenía la hora?».

En ese momento, mamá —que hasta entonces se estaba conteniendo— estalló en sollozos y a mí se me mojaron las mejillas con sus lágrimas.

El tío no moderaba su indignación. Por fin, en un tono más tranquilo, nos contó que los sepultureros estaban trabajando y que Ivan ya reposaba en su tumba. No sé por qué, pero la noche volvió a poblarse con el ulular de las lechuzas.

—Son unas lechuzas muy pequeñas en esta época —me dijo mamá, que no lograba conciliar el sueño—. No tengas miedo. Mañana por la mañana iremos al cementerio.

Desde entonces, mamá y la abuela alargaban mucho las veladas tomando una infusión de valeriana en el comedor. Mamá le había pedido a Éliisa que se encargara de acostarme, de modo que a diario presidía el momento en que me metía en la cama y se sentaba a mi vera unos instantes.

Una noche me dijo:

—Mi amor, tengo que confiarte un secreto. Pronto me marcharé de esta casa, pero no digas nada a tu madre. Cada vez que tu familia pierde a una criada pone el grito en el cielo. Te lo cuento a ti porque eres mi amigo y sé que te apenarás. No quiero que te enteres de mi marcha por otras personas. Nunca te olvidaré.

Y añadió:

—Me voy a casar, ¿sabes? Armand no quiere esperar más.

A los dos días volvimos al cementerio donde acababan de inhumar el cadáver de mi padre. Depositamos en su tumba un ramo de flores tardías del jardín: las últimas rosas y ásteres del otoño.

Mamá me había hablado de él con frecuencia. Habría de pasar mucho tiempo hasta que me diera cuenta y comprendiera a quién había perdido y a quién añoraba.

Varios días más tarde, Marguerite y mamá bajaron del desván el baúl grande. Mamá dispuso en él nuestras cosas. El castaño del bancal perdía algunas hojas levemente enrojecidas. En el jardín, la hierba del césped se mantenía húmeda todo el día.

El 1 de octubre, el carruaje del almacén del abuelo, tirado por un rocín, se detuvo bajo el castaño, delante de la puerta de casa. Éliisa se había marchado la víspera.

Cyprien ayudó a levantar y cargar el baúl en el carricoche y luego cerró la puerta detrás de nosotros.

ENTRE LA MÁS TIERNA infancia y la muerte de quienes hemos amado discurre la vida. Poca cosa, en resumidas cuentas.

Fui médico en Villeroy.

Perdí a mamá nada más terminar mis estudios.

Llevaba mucho tiempo sin saber qué habría sido de Éliisa.

Durante mi adolescencia la volví a ver un día que vino a visitar a mamá a Serrigny, donde pasábamos las vacaciones todos los veranos. Pareció interesarse por mí. Incluso me tomó del brazo cuando la acompañamos hasta la verja del jardín, al final del senderillo.

Muy hermosa, radiante, inaccesible. Estuve enamorado de ella durante dos o tres días.

Desde entonces, nada. Nunca volvimos a verla.

Cumplí sesenta años. Seguía siendo médico en Villeroy.

Una mañana a finales del mes de agosto fui a una residencia de ancianos para visitar a una señora que afirmaba ser viuda. Venía de la ciudad y quería estar cerca de su pueblo natal, Serrigny.

Se llamaba señora Fromentin y estaba aquejada desde hacía varios años de una enfermedad pulmonar ignorada, seguramente, durante mucho tiempo.

Fui a verla en varias ocasiones. Parecía deleitarse con mis visitas, aunque transmitía cierto malestar cuando le pedía que se desvistiera un poco para poder examinarla. Ya casi era otoño. Nos sorprendía la precocidad del anochecer. La estancia era bastante reducida para los pocos muebles que había, incluida la cama, que habían sido trasladados allí para ella.

Mi nueva paciente era algo dura de oído. Debido a la edad tal vez, pero sobre todo por la toxicidad de un tratamiento prolongado y ahora interrumpido.

Una mañana, cuando me inclinaba sobre ella para auscultarle el pecho después de haberle pedido que se subiera la blusa, se incorporó y se sentó bruscamente en la cama.

—Debería callármelo —comenzó—, pero me resulta muy difícil. No me mires así, no me descubras tan anciana. Soy Éliisa.

Fue como un grito. Nos miramos fijamente, sin duda sin reconocernos. Una de sus manos alisaba la sábana.

Aquel reencuentro forma parte de lo irreal.

Tras varios días de distanciamiento e incertidumbre, por fin llegaron las palabras. Supe que no me había olvidado. Ella tampoco había abandonado del todo mi memoria. Me enteré de que su marido había muerto prematuramente y ella se había quedado sola y sin hijos. También me contó que me había visto varias veces cuando, de joven, hacía visitas médicas en casas de ancianos en las que ella asumía tareas domésticas o cuidaba enfermos para ganar algo de dinero.

No había reconocido aquella cara apenas entrevista, y ella no había buscado ninguna aproximación.

Al cabo de varias semanas me convertí en su doctorcito, y luego en su doctor Ivan; en cierto modo, pensaba yo, el niño-médico. Al final fui Ivan a secas y acepté no volver a llamarla «señora», sino Elisa.

Entre nosotros, noviembre se volvió fértil. Mantuvimos conversaciones casi tiernas, a veces interrumpidas por su tos pero pobladas de recuerdos.

El tiempo presente desapareció para nosotros. Nunca se interesó por los detalles de mi vida, ni yo le pregunté por la suya.

Oculto bajo las marcas de la edad hallé aquella mirada verde que tanto me sedujo durante mi infancia y algunos días de mi adolescencia, con un destello añadido debido a las décimas de fiebre. El canto de la lluvia que caía sobre el parque de la residencia no era tan distinto del que se deslizaba por el follaje de Serrigny. A veces me tomaba de la mano y oíamos en el silencio el rumor del arroyo de entonces.

Poco a poco, Elisa iba tosiendo cada vez más. Afloraba en sus labios una espuma roja. Se negaba a ser hospitalizada de nuevo, y durante los últimos días me pareció que anhelaba mi presencia durante su última travesía.

Una noche pronunció con un hilo de voz, si no oí mal, estas palabras sorprendentes y quizá ambiguas:

—Nadie ha tenido tanta sed de mí como tú.

Pero sigo sin descifrar aquella frase pronunciada sin aliento; tanto que a mis años todavía me pregunto si realmente llegó a decirla.

Élisa se marchó unos días más tarde, como en otra época, durante un terrible esputo de sangre. Resultó que, según su deseo, yo estaba con ella. Su rostro inerte era pálido, pero parecía rejuvenecido. La reconocí. Había sangre en las sábanas.

Ahora soy muy anciano. Hay quien se pregunta. A veces se forman conciliábulos a mi alrededor. Como estoy algo sordo, no oigo muy bien lo que dicen.

Estoy muy bien cuidado por Agnès y nuestros hijos. A mi edad es preferible no hablar y esperar.

Nunca me basté a mí mismo. Siempre he necesitado a otras personas, no tanto en espíritu o palabras como en la mera presencia carnal.

Me acuerdo. Mi madre, Elisa, a quienes tanto quise y aún quiero y que ya no son más que ánimas —en el mejor de los casos—... Y dicen que las ánimas no tienen pechos. De modo que estoy de luto, y el niño-anciano o el anciano-niño en que me he convertido no distingue ya lo que es cierto y lo que no.

A veces me duermo en un sillón, en pleno día. Al despertar, con mucha frecuencia, mi mente navega entre la memoria y lo imaginario. Ambos se encuentran y se confunden en ocasiones. Son mis mejores momentos.

Sin embargo, en el fondo estoy preocupado. Me ronda el famoso cuarteto de Laforgue. Ya saben:

*Señoras y señores  
de madres ya muertas:  
es el buen sepulturero  
quien rasca sus puertas.*



JACQUES CHAUVIRÉ (1915-2005) nació cerca de Lyon. El mismo año de su nacimiento murió su padre en el frente, durante la Primera Guerra Mundial, por lo que no llegó a conocerlo. Estudió medicina en Lyon y abrió su propia consulta en Neuville-sur-Saône, donde trabajó y vivió el resto de su vida.

En 1958, tras una breve correspondencia con él, Albert Camus publicó en la prestigiosa editorial Gallimard su primera novela, *Partage de la soif*, a la que seguirían otras como *Les passants*, *La terre et la guerre*, *Les mouettes sur la Saône...*

Buena parte de la obra de Chauviré fue redescubierta casi cinco décadas más tarde, tras la exitosa publicación de *Élisa* en 2003, dos años antes de su muerte: la «no deseada pero tampoco traumática muerte» —como él mismo declararía en una entrevista ya anciano— de un humanista sencillo e inteligente que no desdeñó referirse, cuando era conveniente, a los «pasajes oscuros que encierra toda vida», y que vivió su propia vejez con una lucidez que está, sin duda, muy presente en su última obra maestra, la autobiográfica *Élisa*.



# Notas

[1] Perrache es una de las estaciones ferroviarias de la ciudad de Lyon (N. de la T.).  
<<